

MAURRAS, EL VIEJO ESTILO

Horacio Cagni

Hacia los '30 mientras el fascismo se desarrollaba de una manera tan rápida y dinámica que exigía un fuerte ejercicio de adaptación a los nacionalistas europeos, el ideólogo y hombre fuerte del nacionalismo francés, Charles Maurrás, no sólo no consentía en cambiar sus ideas, sino que se consideraba a sí mismo como el único que tenía razón. Levantaba en alto las banderas más xenófobas y chauvinistas del nacionalismo francés, recordando permanentemente mantener la pureza de los ideales. Ocurrió que, como teórico, fue siempre una figura de enorme influencia, pero se equivocó en el accionar político, desilusionando tanto a sus filas que puede ser considerado el principal responsable de que gran parte de las fuerzas derechistas francesas -sobre todo la juventud, teñida del revolucionarismo conservador que surgiera como reacción al Ochocientos- pasara paulatinamente al fascismo.

La Revolución Francesa creó a Maurrás, lo hizo por oposición, por la negativa, como quien genera su contrario: nunca un hecho político e histórico fue tan odiado por un hombre. Las premisas de Libertad, Igualdad y Fraternidad le parecían a este provenzal de fuerte temperamento, mente poderosa e inflexible, la antítesis de la política natural: los seres humanos ni son libres ni son iguales. "La libertad del hombre es imaginaria, su igualdad postiza... todo evoluciona y evolucionará, obra y obrará, decide y decidirá, procede y procederá por acciones de autoridad y desigualdad, contradiciendo en ángulo recto la grotesca hipótesis liberal y democrática" (1). Existen la necesidad y la desigualdad como elementos naturales del hombre; éste debe ser cuidado, protegido y dirigido por fuerzas e instituciones a las que todo le debe: religión, familia, Nación. Hasta aquí, el pensamiento maurrasiano no parece demasiado original.

Maurrás consideraba que la única fuerza capaz de conservar esas instituciones y mantener el orden natural del hombre era la monarquía. Pero con el nacimiento de la III República en 1870 sus esperanzas se derrumbaron; desde entonces el provenzal, que había nacido dos años antes, y hasta el fin de sus días, combatió con todo su ser a la República luchando por restaurar la monarquía. Empresa descomunal que, pese a su fracaso, demostró que Maurrás también tuvo su cuarto de hora en la política francesa, y también que

le pasó más rápidamente de lo que él y sus seguidores de la Acción Française pudieron darse cuenta.

Para Maurrás la monarquía fracasaba -sin detenerse a examinar adecuadamente las razones sociopolíticas profundas y reales- debido a la decadencia de los franceses, a la masa de partidos en disputa, a la acción antinacional de los "Cuatro Estados Confederados": judíos, protestantes, masones y extranjeros en general. El caso Dreyfus le dio la oportunidad histórica que esperaba. A Maurrás no le interesaba tanto si este oficial francés de origen judío era o no culpable de espionaje, sino que debía ser irremisiblemente condenado. Sencillamente, si Dreyfus era inocente, el culpable era el Ejército, y si el ejército era debilitado, la nación gala era minada y el mismo estado francés, cuestionado.

Como se sabe, el escritor Emile Zola y su "Yo Acuso" salió en defensa de Dreyfus; para entonces toda Francia se dividía entre "dreyfusards" y "antidreyfusards". La "Liga de los Derechos del Hombre" se enfrentó a un Comité de Acción Francesa liderado por Henri Vaugois y Maurice Pujo: en 1899, antes de la absolución de Dreyfus, se les unió Maurrás y así nació la Acción Francesa. Esta seguía las generales del más cerrado nacionalismo, y pronto el provenzal, muy buen intelectual, devino el principal teórico del naciente movimiento: "Ponemos a Francia ante todo, y al servicio de Francia, nos esforzamos por establecer exámenes exactos e ideas verdaderas. Nacer en Francia y de vieja sangre francesa, es llevar consigo y en sí un título de herencia, es ser poseedor de un capital inmenso y un privilegio sagrado" (2). Estos postulados seguían la línea tradicionalista de Barrés y los contrarrevolucionarios católicos, la idea de que una nación es una estirpe, una Francia de cuarenta millones de habitantes y un billón de muertos de agricultores y pastores antes que de urbanos industriales.

Hombre paradójal como pocos en la historia, Maurrás creía que Francia debía contar con una monarquía católica, si bien era, en esencia, de convicciones ateas. Los católicos más reaccionarios le apoyaron calurosamente; alguien se alzaba contra el anticlericalismo de la República, que culminaría en la ley de separaciones de Iglesia y Estado y rotura de relaciones con el Pontificado en 1904.

Otro de los aspectos del pensamiento de Maurrás era que adscribía plenamente a las ideas antisemitas de Gobineau -con su "Ensayo sobre la Desigualdad de las Razas Humanas"- y de Drumont -con su "France Juive"- que hiciéronse muy populares en la burguesía gala, al punto tal de que este antisemitismo, muy francés, se convirtió en una moda intelectual al gustode jóvenes rebeldes, burgueses resentidos y salones literarios diversos. Si La Acción Francesa se preocupaba por el dinero que ganaban los hebreos fran-

ceses y los inmuebles que poseían, Maurrás tenía otro odio aún mayor que la República y sus masones y judíos: Alemania. La Acción desde 1908 tenía un periódico homónimo y su fuerza de choque, los Camelots du Roi. En 1913 tenían menos de 8 mil suscriptores, pero entre los no suscriptores su circulación era de 20 mil; con la Gran Guerra, y posteriormente, esa cifra llegó a triplicarse (3).

En el primer número del periódico, la A.F. anunciaba su intención de combatir "La República de los extranjeros" y desde entonces, se dedicó a ubicar y perseguir derrotistas, "traidores" y enemigos de la patria. El estallido bélico hizo que llegara al paroxismo, pues el gran enemigo de siempre era Alemania.

Las razones del furioso sentimiento antialemán de Maurrás son, a la vez, simples y complejas. Sencillas parecen ser a la luz de las influencias vividas en la niñez, una niñez igual de la de muchísimos franceses; más complejas parecen, en una mente preparada como la suya y en un hombre de vasta cultura. Se dijo que Maurrás era un clasicista, un hombre ajeno y opositor al romanticismo; dicho sea de rondón, esto ya sólo sirve para separarlo del fascismo europeo. Pero es el propio Maurrás el que confiesa, al fin de sus días, las raíces de su antigermanismo.

En 1896, a los veintiocho años, Maurrás visitó Atenas en ocasión de la primera Olimpiada; allí tuvo ocasión de ver, impresionado, la influencia alemana en los Balcanes, pareja con el poderío desplegado por Inglaterra en el Mediterráneo. Era la democracia la responsable del retroceso francés; a sus ojos todas las naciones se hacían cada vez más nacionalistas mientras la suya decaía. Fue un acontecimiento de tan pura estética como una Olimpiada la que despertó en Maurrás, que se consideraba a sí mismo "helenista", una visión amarga e inconfesamente negativa de Francia. Pero se necesitaba el recuerdo vivo de la derrota de 1870 para provocar la mezcla explosiva de sus ideas. El "pan del sitio" de Metz se veneraba en Francia muchos años después de la caída de Sedán. Dice Maurrás: "El antagonismo entre franceses y alemanes dominó toda mi juventud... en las familias más humildes, cada sable de hojalata que se regalaba a un niño estaba destinado a llevar la bandera francesa hasta los muros de Berlín" (4). La mixtura de las reminiscencias de su propia infancia, los uniformes alemanes ante una justa deportiva, la lectura de libros como la "Historia de dos pueblos" de Bainville, lleva a Maurrás a su nacionalismo integral; como en el caso de Hitler se da una simbiosis parecida de elementos cotidianos y simbólicos, formadores de un pensamiento.

Cuando Francia se cobró la derrota del '70, fue la A.F. quien más levantó la voz reclamando la división de Alemania y el pago de las repara-

ciones; el periódico, ya muy popular, hizo creer que sólo los germanos eran los responsables del conflicto y por lo tanto cada francés que hubiera sufrido daños en su persona, su familia y sus propiedades debían exigir la correspondiente indemnización. Nadie contribuyó tanto al desentendimiento francoalemán de la primera postguerra.

Maurrás y su compañero redactor, León Daudet, decidieron que la situación estaba madura para presentarse al Parlamento en las elecciones de 1919, lo cual implicó transar con la odiada República, ocupando unas treinta bancas. La A.F. denunciaba de continuo lo que ella quería hacer pero no se atrevía: el "golpe de estado" por parte de los izquierdistas, pero su programa entonces era más moderado, y los más revolucionarios empezaron a alejarse del movimiento. A medida que crecía el descontento interior por la pobreza de postguerra, aunado a la patriótica ocupación del Ruhr y el restablecimiento de relaciones con el Vaticano, la A.F. crecía en poder. Pero los disturbios entre derechas e izquierdas de 1923, el mejoramiento de la economía y la creciente molicie y despreocupación de la burguesía francesa que, al decir de Drieu La Rochelle, "comía, bebía y se divertía", hizo que la A.F. declinara. Eterno juego pendular de estas políticas. En todos los órdenes se llegó a una trivialización de la vida; en la literatura, el arte y la vida cotidiana.

Pero Maurrás siguió criticando y haciendo un llamado a las virtudes francesas. Como líder intelectual siempre tuvo carisma; las mentes más brillantes de su país lo admiraban. Proust, Rodin, Apollinaire, Gide, Romain Rollan y Anatole France -quien le había escrito una carta muy elogiosa- remarcaron la fuerza de su pensamiento. No era el clasicismo, sino el voluntarismo de Maurrás el que atraía a los jóvenes como Bernanos, Drieu y Malraux. Pero por eso mismo estaba condenado a perderlos, toda vez que esa voluntad no se tradujera en acción y fuera incapaz de una renovación de ideas en los años veloces y preñados de nuevas ideologías de la entreguerra. Malraux, aún muy joven para sentirse en alguna línea ideológica definida, había sostenido que Maurrás era un autor de armonía, porque defendía el orden y "todo orden representa fuerza y belleza... es una de las mayores fuerzas intelectuales de hoy" (5), el cristiano y profundo Bernanos sostenía que "Dios me ha creado para entregarme con devoción a un hombre... una bandera fiel" (6) y Henri Massis reconocía que el provenzal y su escuela de la A.F. le habían enseñado "la paz de los reyes, fructuosa, poderosa, los que no amaban la guerra mas sabían prepararla y hacerla" (7) Pero pronto los desilusionó a muchos de ellos.

Si una primera desilusión fue la aceptación del juego republicano, otra fue a resultas de los visibles esfuerzo que hacía Maurrás por entrar en la Academia, honor que, a los ojos de Bernanos -que rechazó tres veces la

legión de Honor- y del mismísimo Anatole France, era algo inconcebible. Cuando Maurrás lo consiguió, la decepción que provocó en Bernanos recuerda la de Nietzsche respecto de Wagner. "Lo han poseído... incapaces de procurarle la fama le garantizan el 'respeto' entre gente que no ha leído sus libros ni los leerá jamás..." (8). Nunca dejó de beber Bernanos del cáliz de esta amargura, que se sumó a tantas otras; se convirtió en un verdadero "outsider", no transando ni con los fascistas ni con los antifascistas. En cambio los otros, más jóvenes, como Drieu y Brasillach, pensaban distinto, y abrazaron al fascismo.

Maurrás no estaba, pese a su talla intelectual, a la altura política de los nuevos tiempos; él seguía considerando, en su interior, la posibilidad de una monarquía que sabía remota, pero que iluminaba el camino a "los hombres de la Acción Francesa, nacidos en fogones republicanos o liberales, la edad del hombre, republicanos y socialistas rehacen su educación política en plena madurez para concluir en la verdad, la verdad impersonal, la verdad nacional de la Monarquía".(9)

Quien así se expresaba había aceptado entrar en la República de las letras, que luego fuera tan fustigada por el cinismo de Céline. El paradójal sendero maurrasiano provocaba ya desconfianza en sus filas.

Cuando Valois se irguió como jefe de un fascismo francés, Maurrás y demás jefes de la A.F. se negaron en principio a apoyarlo; era el viejo estilo que se negaba a admitir el nuevo. Además, el éxito de Mussolini era para los maurrasianos nada más que el posible engrandecimiento de un competidor en la política mediterránea, así que el movimiento italiano cayó bajo los dardos de la A.F.: "El fascismo mussoliano es profundamente estatista y centralizador. Nosotros somos lo contrario. Durante casi veinte años hemos llorado al Marqués de Roux, nuestro amigo, quien hizo del fascismo numerosas críticas en nuestra página económica y social del sábado" (10). Así, de una manera hasta un poco trivial si se quiere, Maurrás iba quedando al margen de la dinámica política europea, y los "no conformistas de los años treinta" (11) se separaron de la A.F. Se dividieron en tres grupos, "Esprit", de Emmanuel Mounier, con los Jeunesses Patriotes de Taittinger, de influencia maritainiana, "Ordre Nouveau", de Robert Aron y Denis de Rougemont y, los más derechistas, "la Jeune Droite", con Thierry Maulnier y Robert Brasillach, entre otros.

En los veinte, además, Maurrás había perdido gran parte de sus seguidores de la derecha católica, incluyendo al filósofo Maritain. El pensador neotomista había sido el padre intelectual de una oposición interna dentro de la A.F. a la política maurrasiana, la cual, según Maritain, había descuidado el derecho divino-cristiano en la sociedad y el estado. Dado que el Pontifi-

cado miraba con alarma la competencia que la A.F. le hacía (en lo ideológico, por su influencia en la catolicidad francesa y belga, en lo político, porque el "catolicismo" de la A.F. hacía aparecer a la Iglesia de Pío XI no muy favorable a los obreros) la postura maritainiana fue seguida por mucho jóvenes militantes de la A.F. Cuando la Iglesia - con argumentos como que la A.F. había puesto la religión a l servicio de la política- condenó al periódico de Maurrás, éste perdió casi la mitad de sus lectores. No obstante, lo que importa es el consecuente abandono de la organización por Maritain, en 1926, a quien acompañaron muchos jóvenes que, no por ello, permanecieron dentro de la Iglesia. Muchos, desengañados de todo, buscaron abrazar una nueva fe, terrestre, en reemplazo de la fe celeste.

Existía otra cuestión de fondo: Maurrás era un hombre de la Francia intelectual, no un político de la Europa de postguerra. Era un espíritu de notable estatura, un burgués, un autor de pensamiento compacto, no un hombre que, al estilo de Hitler y Mussolini, se adecuara a la masa e, incluso, formara parte de ella. Esto le impidió dar el paso que las condiciones francesas exigían. Y Daudet era un gran escritor, un panfletista de gran clase, brillante orador, pero también una mente confusa (12). De hecho, ambos representan la impotencia del estilo "clásico" de una política conservadora y reaccionaria frente al avance de la revolución conservadora en Europa. Frente al marxismo leninismo habían salido en desventaja; éste suponía una disciplina, una primacía de la estrategia y una teoría válida sólo si podía plasmarse en resultados políticos, ajenas al pensamiento y actitud de la A.F. De hecho, Doriot provenía del leninismo, y llegó a ser un exponente del fascismo francés.

Maurrás era un antiliberal como lo era el adalid de la contrarrevolución, De Maistre. Pero mientras este último era un noble católico y un alma mundana-con cierta dosis de locura y frenesí bastante activas-, el autor de "Encuesta sobre la Monarquía" era un burgués ateo, de un enfoque provincialista en grado sumo. No entendió que había finalizado la era de las nacionalidades y comenzaba la de los bloques transnacionales, como, a la vez, temía la tendencia a la agitación de masas y los elementos de izquierda que existen siempre en la radicalización del conservadurismo moderno. Maurrás atacó al socialismo en bloque, sin la calidad crítica con que atacó la democracia y el pacifismo, sencillamente porque nunca lo entendió. Para él, socialismo equivalía a una suerte de democratización económica; el comunismo no era más que la República llevada a su consecuencia extrema. Presuponía la maldad del socialismo sin examinarlo. Además, quedó atrapado en las redes del marxismo, creación de la mente de "un hebreo revolucionario, el mayor del siglo XIX, más que Rothschild" (13). No obstante la superficiali-

dad de sus juicios en este plano, Maurrás vislumbró que los socialdemócratas alemanes iban camino de la nacionalización del movimiento, y que la Internacional había demostrado la realidad del proletariado, por lo cual no le daba demasiada importancia.

La crítica maurrasiana al socialismo no es parte importante de su doctrina; la desechó por completo. De otro modo Maurrás, avanzado el tiempo, hubiera podido darse cuenta mejor de lo que estaba ocurriendo en Italia y Alemania. Pero "la nacionalización de las masas" no entraba en la mente del viejo doctrinario provenzal sino como un reflejo, cuando veía la movilización social y política que estaba fortaleciendo la Alemania que tanto odiaba.

Pero ¿cuál era realmente la *Weltanschauung* maurrasiana? En este autor se encuentra una mezcla de ideas que hacen a la historia de Francia en el siglo pasado. Las "Consideraciones" de De Maistre no muestran a un conservador clásico, sino a un cristiano preocupado por la suerte de Europa en la modernidad, pues el gran conflicto del mundo moderno es la lucha entre el Cristianismo y filosofismo. Bonald le insufla el sistematismo de las ciencias naturales: El *Ancient Régime* es la verdadera condición de la sociedad. A esto hay que añadirle el carácter especialísimo de la cultura francesa entonces; hay que añadir el radicalismo rousseauniano, el liberalismo crítico de Comte, Le Play, Renán, Taine y del gran historiador Fustel de Coulanges. Ellos hablan de la "reforma social", elemento extraño al conservadurismo católico. En cuanto al carácter "satánico" de la Revolución Francesa, no alcanzó a minar el normal avance de las masas, y la Tour du Pin, Drumont y Barrés añadieron el elemento radical del conservadurismo. La reacción fue mayor: corporativismo como estructuración social; antisemitismo en donde el capitalista es sustituido por la imagen del hebreo. Es la radicalización, el *aggiornamento* de la vieja forma conservadora. (14)

Todas estas raíces fusionadas nutren la ideología de Maurrás y la Acción Francesa, pero este viejo conservadurismo es ahora presentado con un vestido nuevo, sin que ello signifique que este movimiento y su líder hayan llevado a cabo el proceso de nacionalización socialista que Drumont esperaba, ni tuviera el ecumenismo político de De Maistre y La Tour du Pin. Contrariamente, Maurrás fue la exasperación de Barrés. Para el lorenés pleno de recuerdos de la guerra franco prusiana, el enemigo absoluto era la nación situada en frente, por ello este hombre fue el padre del nacionalismo francés y el inspirador del nacionalismo integral de Maurrás -quien sostenía que la revolución y todos los males venían de Alemania- y que culminara en su axioma "Francia sola". Esto ya sitúa a Maurrás fuera del fascismo europeo; su estilo es distinto. En Barrés se encuentra todo lo que dice Maurrás, la tierra

y los muertos, la sangre, el suelo, las raíces; muchos de sus seguidores se pasaron a la Acción Francesa: los jóvenes buscaban a Maurrás como después los maurrasianos lo harían con el fascismo. "Cada uno en su papel, -sostenía Barres- para Maurrás la forma didáctica de la lección, las polémicas, el sistema, para mi, la meditación" (15). Entre Barres y Maurrás hay una radicalización de un pensamiento -del "sentido común procedente de Dios" al sentido de la nación integralmente concebida (16)- pero entre el jefe de la A.F. y los disidentes de su movimiento está la inclusión de un estilo nuevo, que es a la vez francés y extranjero.

El nacionalismo maurrasiano exaspera a Drieu, su progresivo esclerosamiento descorazonaba a Brasillach, su incompreensión del elemento obrero molestó a Valois, la falta de definición empujó a Claude Roy al filocomunismo, la falta de una "ética", en fin, alejó a Maritain y a Bernanos. No todos estos hombres, intelectuales brillantes, eran fascistas ni tenían influencias directas fascistas.. Todos querían estar a la altura de los acontecimientos de su época.

Pero mientras los nombrados reconocían la existencia y el peso cultural de Italia y Alemania, Maurrás sólo consideraba a Europa en la medida en que era un enorme tablero de ajedrez en donde pretendía poner en posición hegemónica al roi y a la Seule France. La diferencia de fondo es abismal: pensadores como Drieu y Brasillach ven la historia desde Nietzsche y el romanticismo alemán (17), Maurrás lo ve a través del clasicismo. Son sintomáticas sus respectivas visiones del ideal griego. La idea del Rey en Maurrás es racional, es una reflexión y una construcción de la razón, muy unida a cierta "apertura" del espíritu filosófico, una idea de "monarquía ateniense" -valga la aparente contradicción- opuesta, en la mente maurrasiana, a la tesis de Mommsen sobre el cesarismo -"antecedente del prusianismo"- tan cara a los alemanes. Para el provenzal, oradores, profesores y publicistas atenienses arriban a la idea de rey por su concepción de la capacidad. Hay cierto trasplante en el tiempo de ideas francesas a la historia helénica, unida a la admiración de Maurrás por el orden institucional y jerárquico de la Iglesia como estructura -no por la religión- y un exacerbado amor provinciano. Todo ello lo sintetizó muy bien Thibaudet: "Luz de Grecia, aire de Provenza, piedra de Roma, tierra de Francia" (18). Este pensamiento es hermético ante la influencia alemana.

El mismo antisemitismo Maurrasiano sigue a Drumont, hombre nada ajeno al cristianismo, y a otros autores mediterráneos: "Bonald, Toussenel, Drumont y la Tour du Pin, la A.F. y su antisemitismo de Estado jurídico y humano, nada deben al antisemitismo alemán, feroz y superficial" (19). Pero mientras "la democracia engrandeció a la Alemania de Bismarck", destruye

a Francia con la III República, donde la nostalgia de Maurrás por los atributos filosóficos de los jardines atenienses -"el Atica fue el género humano"- se manifiesta para quien lo lee entre líneas. El arte clásico, sus construcciones y esculturas, se apareja con una idea estilizada de monarquía, rey, iglesia, en un principio de orden estético de política y religión. Maurrás tiene una concepción totalmente opuesta a la que del ideal griego tienen Hölderlin y Nietzsche: la amargura de un destino trágico, esa actitud vitalista de "filosofar a martillazos" y "escribir poemas en la noche" es ajena a la mente del francés. Para éste, Alemania es la barbarie; sus críticas ven conjuntamente al "espía" Dreyfus, "al germanismo, romanticismo y revolución, ideas judías, ideas suizas, ideas antiphysiques...Nulas. El análisis de estos absurdos fue el principio de nuestra resistencia..."(20) Maurrás tiene in mente la desmesurada empresa de hacer una Francia heredada de Grecia y de la estructura eclesial romana, plasmada en una Latinidad opuesta a los "bárbaros del este".

Barrés se había quejado de la debilidad del pensamiento boulangierista; para él no había posibilidad alguna de restauración de la cosa pública sin una doctrina. Una monarquía de estilo renovado, que aprovechara la tumultuosa corriente ideológica nacionalista, pero con una doctrina sólida. Eso fue lo que aportó Maurrás, seis años menor que el "padre del nacionalismo francés. "Fue el famoso viaje a Grecia el que hizo que Maurrás anhelara la forma monárquica; y fue el origen de sus interrogantes: "Es de salud pública la institución de una monarquía tradicional, hereditaria, antiparlamentaria y descentralizada, ¿sí o no?". Esta pregunta fue la base de la "Encuesta sobre la Monarquía".

Maurrás responde (21) "la realeza debe ser tradicional, hay una orientación muy nueva de los espíritus favorables a la tradición nacional, y como dice Barrés, a las sugerencias de nuestra tierra y nuestros muertos... y debe ser hereditaria, la familia es fundamento de la herencia". El jefe de la A.F. ve en la educación y la tradición transmitida la base de esta reconstrucción familiar y nacional; es un seguidor del viejo postulado monárquico: la monarquía es el mejor régimen pues el egoísmo del mando y el interés público coinciden en ella. El gobierno ha de ser personal y responsable, con un "partido nacional y no un parlamento". Además sólo la monarquía puede descentralizar ampliamente; si la República lo hiciera sería un peligro: sólo el rey es el punto de confluencia de la nación (22). Ahora bien, Maurrás, como su admirado Mistral, era de Provenza, Barrés de Lorena. Este pensamiento estaba inficionado de provincialismo, se levantaba a sí mismo barreras que le impedían ver más allá del Mediterráneo y del Rhin.

En cuanto a la moderna revolución conservadora, donde los movimientos de masa siguen al caudillo, que no es más que la expresión moderna

del rey, pero que es un hombre de la masa, de la urgencia, de la acción, (tiene una doctrina y es centro de castigos y de recompensas) era opuesta por definición a la concepción maurrasiana. Maurrás no pudo impedir la ley histórica de las continuas fragmentaciones, en que sólo un aceitado mecanismo racional-legal, o un caudillismo carismático, puede conseguir la unidad. Los tiempos estaban demasiado efervescente como para que la monarquía, en tanto realeza unitaria, desandara el camino. En la reimpresión de *La Encuesta* en 1924, el provenzal saluda a su joven vecino italiano y a la "magnífica explosión de juventud del fascismo". Pero Mussolini, que se definía antiparlamentario, antidemocrático y antisocialista, sabía que lo importante era sólo retener la enseñanza maurrasiana de coaligar "todo lo contrario al ideal liberal", prescindiendo de las cuestiones de tradición, herencia, monarquía unitaria (y Rey no le faltaba), descentralización, etc. en aras del "Estado y la Revolución Nacional Fascista". Y después, con Hitler, sencillamente la era de las grandes argumentaciones terminó para entronizar la de la política del puro poder.

Andando los treinta, las ideas imperantes en Italia y Alemania, truncada una posibilidad real de dinamizar la A.F. y que pasara a la acción, influenciaron, fascinaron y arrebataron a muchos de los intelectuales que hasta entonces esperaban mucho más del oráculo provenzal, y, a su vez, armaron o se asimilaron a movimientos declaradamente fascistas.

Contrariamente a la política de unidad europea y de paz de Briand y Stressemann, Maurrás pidió, a la ocupación del Ruhr, "buscar al Ejército alemán y vencerlo", y, cual verdadero certificado de no fascista -entendido éste desde el punto de vista cultural y estético- declaró en su "Defensa" que la "Acción Francesa siempre tuvo como objetivo intelectual combatir la influencia alemana". Cuando Hitler rearmó al país que lo adoptó y del cual se sentía conductor, el francés comprendió en seguida que su enemigo de siempre volvía a ser poderoso, y como entendía bien las cuestiones de armamento, - en el Affair Dreyfus la cuestión fue por el excelente cañón del '75, secreto militar- empezó a insistir con el slogan "Armémonos, armémonos..." recordando que la debilidad de la Francia de entreguerras era culpa de la odiada República, "por no preferir el Ruhr a Berlín" y que mientras el gobierno francés prescindía "de todo rasgo de honor" en cambio "Hitler era el Estado Mayor de la Wehrmacht".

Los acontecimientos del fascismo francés merecen un estudio aparte. Interesa ahora poner al rojo vivo las diferencias entre Maurrás y los fascistas franceses. El jefe de la A.F. tenía razón al afirmar que la atracción del fascismo se debía a la decepción que, en todos, había provocado la democracia, y "las democracias de Londres y Whashington eran desconocidas", por lo

tanto, "la guerra de las democracias no encontró a nadie en Francia". En 1939 Maurrás era pacifista: esperaba realizar el "armémonos"; no quería la guerra por una cuestión de valoración de la capacidad enemiga y de sentido común. Para él, a Francia le faltaba, ante todo, aviación (23). Sea como fuere, Maurrás no quería la guerra con Alemania, sencillamente porque creía no disponer de los medios con que enfrentarla y derrotarla.

Toda la vida de este hombre está llena de paradojas brutales. En teoría, su nacionalismo no era ni estrecho ni cerrado, pues admiraba el mundo clásico y le consideraba un ejemplo de latinidad. En los hechos, era todo lo contrario. Sostenía que la era de las nacionalidades marcaba un retroceso con respecto al Imperio Romano y a la Cristiandad medieval, pero olvidaba que ese Imperio se extendía hacia el norte y el este. Estaba contra la "barbarie nacionalista", tanto como Daudet, -ríos de tinta en su periódico- pero escribían cosas como "He aplaudido la desaparición de Mathías Erzberger (¡uno de menos!) y la de Rathenau (¡otro mendós!). Aplaudiré del mismo modo la de Ludendorff, de von Seeckt y aplaudo al hambre alemana" (24). Se oponían a las sanciones a Italia y levantaban el pacifismo, pero rechazaban la idea de unidad europea. En "Kiel y Tanger" -y León Daudet en "L'avant guerre"- buscaron el "espionaje hebreo-germano", pues veían una suerte de alianza germano-judía-socialdemócrata contra Francia. Maurrás renegaba del "antisemitismo brutal" alemán, pero durante la ocupación no sólo nada dijo de las deportaciones sino que aplaudió las medidas antisemitas de Vichy como "última posibilidad histórica" de combatir al judaísmo. En lo único que fue siempre coherente fue en ver al boche, el antitipo alemán, como el demonio; la latinidad, todo lo recibido como herencia romana, era lo bueno. Allende el Rhin estaban los herederos de los "bárbaros contra Roma", todo lo malo y despreciable. Admiraba a Aristóteles y Santo Tomás, pero no a Platón, y si no fuera por su clasicismo, habría rechazado a Goethe; conoce a Nietzsche sin conmoverse. Confiesa "resistirse al espíritu alemán desde Fichte" ser "mediterráneo incorregible, latino incurable".(25)

La derrota de Francia en 1940 demostró lo que realmente había sucedido con Maurrás. A medida que los alemanes avanzaban, la A.F. se trasladó a Poitiers y a Lion, donde permaneció. Ahora la culpa la tenía "la prensa alemana contra el "armémonos"... toda nuestra garantía está puesta en nuestros magníficos soldados y sus grandes jefes "(A.F. 11-13/7/40). Antes había señalado (9/6/40) "no ha sido posible oponer tanques a los tanques y alas a sus alas". "La unidad francesa ante todo: La unidad donde podemos resucitar... mantener digna y fuerte la unidad nacional simbolizada en el Mariscal Pétain y sus colaboradores". Para Maurrás existía un "partido del armisticio", el fruto de la conjura antifrancesa liderada por el Reich. "Uno de sus polos,

oficioso e insinuante, moderado, representado por "Inter France" de Dominique Sordet; otro ruidoso, excitado, vehemente, representado por L'Oeuvre" de Marcel Déat; el campo intermedio estaba ocupado, como es natural, por listos y cómplices" (26). En carta del 2/9/40 al jefe de Radio Nacional-Tixier Vignancour-le pide no ser confundido con Déat: "desprovisto del menor sentido de la dignidad francesa.. señala la colaboración como necesaria e inevitable". Resta decir que Déat, como Doriot, era de los jefes fascistas más convencidos y activos. La polémica entre Maurrás y el fascismo francés esclarece la distancia enorme que los separaba.

Cierta vez, apenas invadida Francia, un periodista le pregunta a Maurrás de qué lado se inclinaría, si de Alemania o de Inglaterra. La respuesta es tajante: "de Inglaterra, Alemania siempre será el enemigo número 1". Semanas después los ingleses destruyeron la escuadra gala en Mers el-Kebir. Y siguió firme y fiel, desde Lion, junto al Mariscal -el "Milagro Pétain" del que hablaba Pío XII- y preparaba un libro que salió en la "zona libre" en 1941: *La Seule France*.

La prensa fascista de París empezó a atacarlo. "No puede menos que existir un acuerdo profundo y total entre Maurrás y Churchill... Todo lo que vaya contra Alemania y la revolución europea se encuentra en el campo maurrasiano; los judíos de Vichy han respondido con instinto seguro y sincero entusiasmo a los llamamientos de la A.F... su slogan Francia sola no es otra cosa que la máscara de su anglofilia" (Déat: L'Oeuvre, 9/4/41). "Maurrás y sus discípulos procederían, con retraso pero con alegría salvaje, a un nuevo San Bartolomé, exterminando precisamente a los pioneros del colaboracionismo" (L'Oeuvre 8/5/41). Y el viejo provenzal se negó también a la creación de la L.V.F. (Legión de Voluntarios Franceses contra el Bolchevismo) que combatió en el frente ruso junto con los alemanes. "Desde la creación de la L.V.F. la A.F. nos hizo el honor, hace ya 18 meses, de tacharnos de francofobia. El Gran Maestro Occitano en persona nos trató igualmente de voluntarios de la muerte, revelándonos que a Francia se la defiende en el Rhin y no en Ucrania" (M.Griffard, *Notre Combat* 27/3/43). Antes, en el periódico antes citado, el 27/3/41 L.Rébatet denunciaba que "Maurrás ha trabajado febrilmente para torpedear todas las negociaciones francoalemanas". Todas estas referencias las presenta el "occitano" con orgullo en su descargo (27). "La victoria alemana -dice Maurrás- ha desligado de su deber a los redactores de *Je suis Partout*, quienes iniciaron una Internacional blanca, prefiriendo la ideología nazi a las realidades de la patria deshecha", declarando "no tener nada que ver con el Sr. Robert Brasillach, que fue colaborador de esta página literaria y que ahora, como prisionero de guerra liberado, volvió a París como redactor jefe de *Je suis Partout*" (A.F. 18/2/42). Nada más claro para reco-

nocer la escisión de tantos escritores jóvenes, como Brasillach, del movimiento-madre.

Como si Francia siguiera siendo un estado independiente, Maurrás seguía en Lion publicando la A.F., predicando la fidelidad a Pétain, pero no aportaba nada significativo más. Desde hacía largo tiempo en torno a él no había más que frialdad y soledad: Bainville había muerto en 1936, Daudet había cambiado mucho, pero pasó a mejor vida en 1942; los más dotados de los jóvenes de antes ahora eran "traidores" y colaboracionistas: Drieu, Rébatet, Dominique Sordet, Brasillach. Maurrás, solo, restaba, así parecía, lo que siempre había sido (28) pero, esencialmente, lo que era profundamente: un solitario.

"La doctrina de Maurrás fue decapitada en la derrota de Sedán de una de sus piezas maestras: el antigermanismo furioso que no admite ninguna discusión ni revisión... este viejo nacionalista, moral y síquicamente antialemán, padece de un *grandeur* latino, o más bien mediterráneo, que le impide comprender a Alemania", diagnosticaba Georges Suárez (*Inter France*, 13/2/44). El mismo periodista añadía: "Por una tradición mal entendida, combatió no sólo a Alemania sino a la unidad alemana, ningún pensador moderno se opuso a ella con tanto odio" (*Aujourd'hui* 1/3/44). Para "los de París" Maurrás sólo era el viejo maestro del espíritu antigermano de 1870 y 1914.

Pero fue Rébatet, lúcido escritor fascista, quien en "*Les Decombres*", editado en 1942, clarificó de manera brutal las diferencias con el maurrasismo, diciendo lo que todos ellos habían querido decir desde mucho tiempo. "La nébuleuse germanique, retranché selon Maurrás du reste de l'humanité. El -señala Rébatet- considera traición toda tentativa de conversación con los alemanes que no sea el cañón". Lo acusa de un "antisemitismo inoperante que hace peligrosas distinciones, dejando la puerta abierta al *juif bon ne'e*". La A.F. con su "chauvinismo arcaico" profesa "ex-cátedra" que quiere "cortar los troncos de la hidra alemana post-westfaliana"... la "germanofobia vulgar y maníaca" del jefe de la A.F. llega hasta acusar al alemán de "europeo inferior, noir même dégénéré" (29).

En 1943, el 27 de marzo, la publicación collabo "*Notre Combat*" dedicó su N° 38, entero, a "*L'Enigme Maurrasienne*", donde escribieron la flor y nata del colaboracionismo. "El maníaco de Maurrás, dice Rébatet -refugiado en la logomaquia de la *Seule France*", en realidad es un royalista juntado al clan de la guerra judía, de la democracia desencadenada, del jacobinismo sangriento, la masonería y el liberalismo que tiende los brazos a Stalin". Para Ramón Fernández, "Europa está amenazada, según Maurrás, de un daño material y otro moral. El primero, el desarrollo de una Alemania

unida y fuerte, el segundo la influencia de la ideología germana sobre nuestra enseñanza oficial... todo francés que se alimenta de creencias que tienen una fuente exterior, más aun en Alemania, es un traidor". A pesar de reconocer su gran inteligencia, el jefe de la A.F. adolece -para Noël B. de la Mort- de dos vicios inhibitorios: una germanofobia excesiva, un romanismo inconsiderado... Si desde febrero de 1934 rompí con la A.F. fue porque sentía demasiado que él reconociera, en una hora crítica, un antibelicismo que apelaba a su odio revanchista... el factor esencial del antibelicismo maurrasiano es la incertidumbre de la victoria... Maurrás admitía una guerra con Alemania si fuera victoriosa, y la esperaba". Y siguen, con el mismo tono, artículo tras artículo (30). Y el '34 como fecha clave, cuando la tentativa derechista para derrocar el gobierno republicano.

Maurrás se descarga, además de su odio por Rébatet y "su obra inmunda vendida a Berlín", con frases igualmente ostentosas, que constituyen una muestra de sinceramiento clarificadora: "He sido continuamente vilipendiado, sin tregua ni descanso, por el partido franco alemán. Este es mi primer título de honor. El segundo es el poder afirmar que he hecho a este partido de traidores el mayor mal que he podido" (31). Por último, otro verdadero certificado de no-fascista, un testimonio secreto de la Inteligencia alemana en Francia sobre la resistencia pasiva de la A.F.: "Indudablemente, Maurrás se manifiesta hoy con palabras vehementes contra Inglaterra, Moscú y el judaísmo, pero igualmente contra Alemania y Europa, pues está relacionado con una autarquía espiritual y moral de Francia que él reivindica día a día con intransigencia: Francia, solamente Francia, es la divisa que pone diariamente en la portada de su periódico. El porvenir calificará, sin duda, como una señal de extraordinaria tolerancia el hecho de que, después de haber combatido durante cincuenta años a Alemania como nadie lo hizo, este hombre haya podido continuar sin molestias su actividad en un país ocupado por el ejército alemán". (32)

La visión de la historia que tuvo Maurrás era la de un conjunto de hechos; lo paradójal del proceso histórico lo arrastró en la maraña de las mutuas relaciones e interferencias de los hechos. Sus apelaciones a la "ciencia" empírica no ocultan su condición de prisionero de un viejo estilo: su pasión por ordenar los hechos del pasado y del futuro en una red abstracta preconcebida y preconstruida, en la cual se connexionaban las acciones políticas y sociales. La acción por sí misma, sin un "centro", como la querían los fascistas radicalizados, era impensable para el provenzal. Su reacción ante las teologías laicas a lo Comte se fundaba en el presupuesto de que la naturaleza del hombre a través del tiempo implicaba el juego exclusivamente humano, de las fuerzas que eran agentes en el mundo. Esta postura no era nueva, por

cierto, era demasiado "clásica", postura a la cual este autor le había añadido el dogmatismo positivista, del cual, como hijo de esa época, no había podido desembarazarse. La política no es tan "natural"; los hechos por sí solos no dicen nada. Es necesario indagar las causas heterogéneas, mutables, "inexplicables" a veces -cosa que trasciende la subjetividad de cualquier intérprete- y que se manifiestan de manera voluminosa, multidialéctica y a multiniveles. Maurrás elevó a la categoría de "verdades" las enseñanzas que a él le proporcionaba la naturaleza; pues "hay que conocer las verdades de la naturaleza o perecer bajo sus golpes... causas de leyes; estos principios son demasiado claros y su claridad demasiado benéfica para consentir en dejarlos enredarse, oscurecerse y desfigurarse" (33).

Era inútil, pues, que las actitudes maurrasianas fueran permeables al avance de las ideas estético-políticas del fascismo, más aún en lo que éstas tenían del "escepticismo heroico", hijo del romanticismo alemán; ni siquiera del dadaísmo alegre y seminihilista de que estaba teñido el fascismo italiano. Maurrás era ajeno a los "prejuicios románticos", pues "la tradición es lo que ha durado, lo que triunfó siempre... tendríamos que lo nuevo no significa sólo lo agradable, deseable y divertido, sino lo esencial y principal... para crear lo nuevo excelente bastaría con quebrar lo viejo, utilizar el martillo contra la estatua... este sistema de llevar la contraria continúa siendo todavía una de las maneras más mediocres de ir adelante..." (34). Los hombres del martillo, mediocres y románticos, eran los fascistas, la nueva generación de "traidores y renegados". No interesa abrir ningún juicio; el juicio de Maurrás era claro, el viejo estilo que se negaba a aceptar una nueva realidad histórica.

Es innegable que la actitud del Líder de la A.F. fue honesta, motivada, consciente, producto de una reflexión seria. No basta darlo de lado, como se hace tantas veces con "reaccionarios" y "revolucionarios" de la historia, con unas palabras triviales. A pesar de esta estructura mental coherente y acabada, en términos generales existió en él una declarada incapacidad para sintonizar el plano filosófico y religioso, con la evidencia histórica y el plano político. Y Maurrás "ordenó su acción y pensamiento reflejándolo necesariamente en una ideología teñida de un carácter empirista, circunscribiendo rigurosamente lo producido a los confines de lo contingente, limitación destinada a devenir siempre más fatal a medida que se aleja el tiempo y el clima político que la vio nacer" (35). Es inadmisibles en la obra maurrasiana, extensísima, un Gilles -"no sé lo que hay que hacer pero lo haremos" -o un Bardamu -el de la difícil peregrinación del "Viaje al fin de la Noche" -pues éstos simbolizan más que representan; son arquetípicos de una nueva clase de hombres. Los hitleristas y mussolinianos eran éso, hitleristas y mussolinianos, "seguidores de" antes que fascistas. En Hitler y Mussolini hay puntos de

coincidencia con Maurrás, tienen fe; Drieu, Céline, cierto Montherlant, Ezra Pound, ya no la tienen, al menos no tienen la misma fe. Ni el líder de la A.F., ni el Duce, ni el Führer son "cuartos hombres", que viven sólo para la forma.

Maurrás terminó como era de esperar, encarcelado por los gaullistas victoriosos: restaurada la democracia, fue enviado al ergástulo por collabo... triste ironía del destino que el hombre que más aversión tuvo por los alemanes fuera enjuiciado y encontrado culpable de haber "estado con ellos". El viejo provenzal había estado, obvio es, con Pétain y no con el enemigo. Octogenario, se le concedió la gracia de la libertad y murió en 1952. Si en su propio "habitat" el nacionalismo integral fracasó, no por eso dejó de tener su influjo antes, durante y después (36). Tanto, que aún muchos siguen confundiéndolo con el gran plasmodio del fascismo europeo.

NOTAS

- 1) Maurrás Charles. *Mis ideas políticas*, Huemul, Bs.As. 1962, pg. 17
- 2) id. pg.259
- 3) Alaystar Hamilton, *La Ilusión del Fascismo*. Ed. Luis de Caralt, Barcelona, 1970, pag. 204 . (En 1917 tiraron 157.000 ejemplares).
- 4) Maurrás. *Mi defensa* (testimonio de 1945 a la Corte de Justicia de Rhône), ed. por EPESA, Madrid, 1946, pg.14.
- 5) Prefacio de Malraux a la edición francesa de *Mademoiselle Monck* de Maurrás (1923).
- 6) Bernanos. *Cahiers de L'Herne*, 1967, pg. 127.
- 7) Massis Henri. *La vida intelectual de Francia en tiempos de Maurrás*. Rialp, 1956, pg. 151.
- 8) Id. pags. 242-243.
- 9) Maurrás. *Tombeaux*, Nouvelle Librairie Nationale, París, 1921, pg. 65.
- 10) Maurrás. *Mi defensa*, pag. 51.
- 11) Loubet del Bayle Jean-Louis. *I non conformisti degli anni trenta*, Cinghiale, Roma, 1965.
- 12) Ernst Nolte. *I tre volti del fascismo*, Mondadori, 1974, pg. 152-153
- 13) Maurrás. *La Seule France*. Lyon , 1941, pag. 221
- 14) Aquí el análisis de Nolte es muy exhaustivo: I tre volti. pgs. 68-94. No coincidimos con él en sostener que el nuevo conservadorismo maurrasiano contenga elementos tan revolucionarios que pueda ser considerado una forma del fascismo europeo.
- 15) Massis. op. cit. pg. 80-81
- 16) Recientemente ha sido editada una voluminosa obra sobre Barrés, escrita por Zeev Sternhell: *Maurice Barrés et le Nationalisme Français*. Editions Complexe, Bruselas, 1985. Sin duda la más completa y exhaustiva sobre el nacionalismo galo.

- 17) Ver Tarmo Kunwas: *La Tentazione Fascista*. Akropolis, Nápoles, 1982. También Paul Serant: *Romanticismo Fascista*. Ciarrapico Editore, Roma, 1983. La influencia de la filosofía alemana fue evidente, pero a este hecho hay que adicionarle una lucidez poco común en Drieu, Brasillach y Rébatet, entre otros, para analizar la realidad política de un mundo en transición.
- 18) Thibaudet Albert. *Les idées de Charles Maurras*, Ed. N.R.F., Gallimard, 1920. Maurras tiene numerosa literatura escrita sobre Grecia y los clásicos. La obra que expresa sus concepciones estéticas es *Anthème*.
- 19) Maurras. *Defensa*, pg. 120.
- 20) Klei et Tángier, pg. 378. Ver Thibaudet, pg.84.
- 21) La Encuesta apareció en 1900, durante varios meses, en la *Gaceta de Francia*, realista. Corregida y aumentada en 1909, hubo una definitiva versión en 1924. Seguimos los extractos principales, en J. J. Chevallier: *Los Grandes Textos Políticos*. Aguilar, Madrid, 1967. Parte IV, II.
- 22) Muchas de estas reflexiones se encuentran, semiveladas, en la obra de B. de Jouvenel, *El Poder*, escrita en tiempos de la última guerra mundial.
- 23) Seguimos la *Defensa* de Maurras. En realidad se equivocaba, Francia tenía más aviación que Alemania; había sí claras diferencias de capacidad de empleo en favor de los nazis, así como de calidad de los aparatos.
- 24) Artículo de L.Daudet del otoño del '27 cit. en Nolte, pg. 155. Daudet era mucho más violento y ácido que Maurras.
- 25) Maurras. *Soliloquio del Prisionero*, Ed. 'A'. Bs.As., 1953, pg.20.
- 26) *Defensa*, pg. 86
- 27) Id. pg. 97 y ss.
- 28) Nolte op. cit., pg. 133
- 29) Rébatet. *Les Décombres*, ed. original Denöel, París, 1942, pgs. 28,58,127,199,305 y 372
- 30) Están contenidos en el interesante anexo al libro *Le procès de Charles Maurras* (compte rendu stenographique). Ed. Albin Michel, Paris, 1946, pgs. 373-378.
- 31) *Defensa*, pgs. 105 y 124.
- 32) Informe, Noviembre 1943, *Spiegel der Französischen Presse*, del Sonderführer A. Thiersch (presentado en el proceso de Rhône).
- 33) Maurras. *Mis ideas políticas* pgs. 61 y ss.
- 34) Maurras. *El Orden y el Desorden*, Ed. Huemul, 1964, pgs. 24 y ss.
- 35) Franco Pintore. *Maurras, Volpe*, Roma, 1965, pg. 18.
- 36) No creemos que se haya hecho aún algún estudio sobre la influencia del nacionalismo maurrasiano en las derechas argentinas y latinoamericanas, las cuales seguramente tienen mucho de aquel y muy poco del fascismo.